

## ***CORAZÓN DE PIEDRA*, de Carmen Chaparro Fillol (4º ESO)**

La historia que hoy voy a contar sucedió hace mucho tiempo, cerca de 30 años. Por aquellos días vivía en Sevilla una mujer llamada Lola. Ella era soñadora y hermosa, muy hermosa. Carlos, que en este relato se convertirá en su amado, también era soñador y muy guapo. Ambos tenían la típica belleza que tienen las cosas viejas, que por mucho tiempo que pase siguen conservando esa aura mágica de encanto. Pero ahora, sin más dilación, escribiré esta historia, que se revuelve entre las ideas que se arremolinan en mi mente, con el fin de que podáis leerla.

. . . . .

Lola se arremangó el delantal, y corrió a atender la llamada que resonaba por los vacíos muros de la panadería. Era la última hora de la tarde. Hablando por teléfono con su madre, Lola empezó a pensar que su vida en los últimos cinco años se había resumido a pasar la mañana y la tarde en la panadería que tenía, situada en el barrio de Triana. Resignada, miró por la ventana y vio cómo un apuesto señor cruzaba la calle en dirección a su pequeño local. No era otro que Carlos. Lola le dijo a su madre que tenía que colgar e intentó en vano atusarse el pelo frente al cristal del horno. Cuando él entró en la panadería, aspiró el aire con olor a levadura y la besó a modo de saludo. Lola sentía que aquel hombre era la persona adecuada, y no le habría importado pasar la vida entera a su lado. Él convertía la rutina de sus días en gigantescas aventuras en las que, por muy peligrosas que fueran, siempre se sentía segura.

Su sueño era conocer el mar, ya que ninguno de los dos había estado nunca en la playa. Cada vez que Carlos echaba unas monedas al tarro con el rótulo de

“PROYECTOS”, que tenían en la repisa de la chimenea, se sentía un paso más cerca de cumplir su sueño, junto a su mujer. Ninguno de los dos perdía la esperanza de conseguirlo algún día, pero los naranjos florecían, el pelo de Carlos se iba encaneciendo y los años pasaban irremediabilmente.

Mas, ya sea obra de Dios o del Destino, ese día llegó. Ninguno de los dos se había sentido tan bien abriendo un tarro, pero claro, aquel no era un tarro normal, era el camino a sus sueños, el camino a la playa. Puede que Cádiz no sea el sitio más bonito del mundo, pero, tumbada en la orilla, escuchando el sonido del mar de fondo, Lola creía que estaba en el paraíso. Un móvil sonó en medio de aquella paz, Carlos lo buscó en la cesta rosita que su mujer había comprado para la ocasión, y lo apagó.

Unos niños pequeños correteaban por la orilla y una joven pareja estaba riendo mientras hablaba de cosas triviales. La marea estaba subiendo y aún perduraba entre las olas la resaca de los días de viento. Cuando el sol había tostado lo suficiente la piel de Lola, esta se levantó y se dirigió hacia el agua, deseando sentir en su cuerpo la caricia de las olas. Fue andando hasta que llegó el momento en que sus pies no tocaban el fondo. Carlos dormitaba tumbado en la arena. Lola nadó y se zambulló en aquellas cristalinas aguas donde podía ver su cuerpo deslizándose, como una sirena. Un escarabajo escaló hasta llegar a la cara de su marido, y él se despertó riendo por las cosquillas que aquel bichito le producía. Levantó la cabeza justo en el momento que Lola desaparecía entre las aguas. Ella apenas sintió el abrazo del mar que tiraba de ella hasta las profundidades, solo podía sentir que su sueño se había cumplido y, que una vez cumplido, poco quedaba por hacer en este mundo. Apenada, pensó, casi inconsciente, que era una pena que no hubiese podido besar a Carlos una última vez por no despertarlo de su profundo sueño.

Todo el mundo que estaba en la playa giró la cabeza al escuchar los gritos de Carlos llamando a su amada, que cada vez se le antojaba más lejos, tan lejos que no podría alcanzarla. Sin pensarlo ni un segundo, se lanzó al agua, aun sabiendo que nada podría hacer por salvarla, puesto que apenas sabía nadar. Y, en el lugar en el que debía haber sucedido una desgracia, sucedieron dos. Algunas personas de la playa intentaron ayudarlos, pero el mar ya los había reclamado para sí, haciendo desaparecer sus almas.

Las sirenas del coche de policía resonaban por la playa y la gente se arremolinaba alrededor de los dos cuerpos abrazados. La policía pidió ayuda para identificar las pertenencias de los difuntos, pero nadie los conocía, y en la playa abarrotada, parecía imposible adivinar cuáles podían ser. El sol iba descendiendo por entre los pinares y, como la llama de una vela que se va consumiendo, las conversaciones se fueron apagando. La gente iba abandonando el lugar y cada vez quedaban menos cestas en la arena. Cuando apenas hacía unos segundos que el sol había desaparecido por el horizonte y aún quedaba en el ambiente su afable claridad, tras irse la última pareja de la playa, los oficiales pudieron ver, con tristeza, cuál era la cesta de Lola. Ésta yacía en la arena, al lado de un montículo, casi desmayada, sola, rota de dolor. Los oficiales la recogieron con cuidado, y cuando uno de ellos, llorando, la abrazó como si aún pudiera sentir el cuerpo de la pareja, un rayo de sol, tan diáfano como el velo de una novia radiante antes de casarse, dibujó una floritura antes de iluminar la cara de Lola, que sonreía, sabiéndose siempre cerca de su amor, incluso más allá de la vida o la muerte.

. . . . .

Desde aquel triste día, la playa pasó a llamarse “La Playa de los Enamorados”. Aún

hoy, después de 30 años, cuando amanece y el sol esparce sus rayos, que rozan acariciando la arena y las olas, el primer rayo que desciende siempre se desparrama sobre una pequeña roca en forma de corazón, ese corazón de piedra, que permanece en la orilla, en el mismo lugar en el que las manos de Lola y Carlos se entrelazaron en un abrazo eterno.